

**Historias encadenadas de
Aguilafuente**

**LO QUE DE
VERDAD
IMPORTA**



**Escrita por los vecinos y vecinas de Aguilafuente
durante el confinamiento del año 2020**

Imaginar y escribir es un binomio fantástico que nos hace soñar.

Dedicado a todas las cosas importantes de esta vida.

AUTORES ENCADENADOS

Ainhoa Escudero; Alejandro Cuéllar; Alicia Cuéllar; Álvaro Benavente; Álvaro Sanz; Asunción Martín; Carmen García; Claudia Mateo; Eva M^a Para; Gema López; Gloria I. Pedrazuela; Gustavo A. Herrero; Isabel Testillano; Iván Frías; Julián García; Lara de Miguel; Laura Frías; Margarita Pamiés; Marta Fernández; Noel Herrero; Pedro P. Martín; Rebeca Matarranz; Ricardo Hidalgo; Sara Arias; Sara Fernández.

ILUSTRACIONES: Laura González

LO QUE DE VERDAD IMPORTA

Aunque esa noche una extraña niebla de verano impedía observar con claridad, se escuchaba algo revolotear por las calles de Aguilafuente. Sonaba a metal y tenía pinta de ser muy grande. Mi hermana y yo lo estábamos oyendo perfectamente, mi abuela, sin embargo, no parecía enterarse y seguía remendando calcetines a la vez que ojeaba su programa de televisión favorito, pero nosotros estábamos seguras, algo había fuera volando. Guiñé el ojo a mi hermana, y salimos corriendo por el pasillo hacia la puerta de delante, la que daba a la plaza. No se veía nada, parecía como que el sonido se alejase. Sin pensarlo, corrimos por el largo pasillo de mi abuela de vuelta hasta el corral, atravesando la cuadra hasta a la puerta que daba a la *Placituela* y salimos de casa.

—¡Vamos en pijama! —gritó riendo mi hermana.

—¡Sí, no importa, corre! —le dije mientras se me escapaba una risa juguetona.

Nos acercamos a la fuente buscando eso que sonaba en el cielo, no se veía tampoco pero ahora se escuchaba más nítido, debía volar muy bajo y el sonido de los aleteos nos hizo correr, esta vez sin cruzar la casa de la abuela, hasta la plaza donde, de repente, apareció. No dábamos crédito: un águila de dimensiones increíbles sobrevolaba el lugar. No era un ave como las demás, eso estaba claro. Ambas nos miramos y dudamos si salir corriendo, pero la curiosidad nos pudo. El águila disminuyó el movimiento de sus majestuosas alas y poco a poco se posó en la antigua fuente convertida en jardinera unos años atrás. Entonces sucedió algo increíble: vimos descender desde su lomo un ser diminuto que vestía un traje de color azul, un azul eléctrico que deslumbraba, y en su mano un pergamino. «Madre mía, debo estar soñando», pensé. Era una especie de duendecillo, juguetón y enigmático, que desprendía un embriagador olor a sándalo. El extraño ser nos miró, sonrió y se acercó a nosotras. Su mirada amarilla nos embrujó, estaba claro que algo quería decirnos ¿sería algo importante?

Seguíamos sin poder creerlo. Tan solo hacía unos días que habíamos llegado al pueblo a pasar las vacaciones y como siempre, veníamos con ganas de aventuras sabiendo que al lado de mi abuela podíamos disfrutarlas mejor que en cualquier parte. El pueblo era el lugar ideal donde lejos de la ciudad todo se veía de otro color, pero ni en el mejor de los sueños habríamos imaginado que podíamos encontrar un personaje así. Dando pequeños pasos, se situó frente a mi hermana y ella, en un intento de estar más cerca de la extraña criatura, se arrodilló y le tendió su mano.

—Hola —comenzó a hablarle en tono sosegado, casi en un susurro—, nos llamamos Alba y Lucía y somos hermanas.

—Buenas noches, señoritas Alba y Lucía, yo soy Splot —contestó con una gran sonrisa.



—¿Y qué eres? —preguntó Alba rápidamente —Quiero decir... esto... que no eres como nosotras, ¿verdad? —añadió matizando sus palabras.

—No, tienes razón, pequeña. Soy un gamusino y he venido a entregaros un mensaje importantísimo que espero me ayudéis a difundir por Aguilafuente y toda la Tierra de Pinares.

—¿A nosotras? —dijo sorprendida.

—Sí, a vosotras —respondió Splot, de manera enérgica y con seguridad—. Sois niñas y desde donde vengo pensamos que sois el mejor ejemplo de humano para ayudarnos con nuestro problema. Pero tranquilas, os voy a contar lo que sucede —comenzó a explicar el gamusino—. Como sabéis, la resina es un bien muy preciado que proporciona la naturaleza y es una de las grandes riquezas de vuestro pueblo y alrededores. Bien, pues esa riqueza es para el pueblo gamusino mucho más pues la consideramos algo de primera necesidad...

—¡Sí! —exclamó rápidamente Alba evitando que ese diminuto ser continuase con su mensaje— Nuestro abuelo nos ha hablado muchas veces de ello...

—Y contado historias fantásticas de cuando él era resinero —interrumpí emocionada a mi excitada hermana.

Splot se quedó callado; podía haber continuado con su parlamento pero al oír nuestras palabras debió pensar que seguramente, el abuelo, sabía mucho más que él de aquella sustancia tan apreciada por su pueblo. Entonces nos pidió que le condujéramos hasta él para que éste le pudiera contar alguna de aquellas historias vividas y también le explicara los métodos que se empleaban para extraer la miera.

—No es posible —dije apenada—, el abuelo falleció hace tiempo.

—¡Cuánto lo siento! —respondió el gamusino— Pero habrá alguien que pueda contestar a mis preguntas ¿no?

—Cerca de aquí hay un lugar donde permanecen los restos de lo que fue la antigua fábrica resinera; queda todavía allí su hermosa chimenea, que como un vigía cuida de todos los habitantes de Aguilafuente. Si quieres podemos acompañarte para que lo veas —ofreció mi hermana.

—De acuerdo —asintió el gamusino— quizás allí pueda encontrar respuestas.

—El abuelo decía que aquél es un lugar mágico, solo hay que dejarse llevar, cerrar los ojos y escuchar al corazón. Seguro que allí encontrarás lo que andas buscando.

Así que partimos hacia allí los tres. Según nos íbamos acercando, el Splot aceleraba el paso tanto que apenas podíamos seguirle.

—¡Espera! —le gritamos.

—¡Es increíble! ¡No puede ser! —exclamó— ¡Es idéntica a la que tenemos en el lugar de dónde yo vengo! ¡Tiene las mismas grietas, las mismas cigüeñas!

—¿Cómo puede ser eso posible? —exclamamos las dos al unísono.

—¡Es majestuosa! ¡Ejerce una atracción inexplicable! —asombrado gritó el visitante— Creo que vuestro abuelo llevaba razón, es un lugar mágico. Me pararé aquí un rato antes de seguir la visita por esta maravillosa villa, seguramente encuentre aquí muchas respuestas que puedan ayudarme para adquirir más conocimientos sobre el pinar y la resina. Las cigüeñas se elevan ejerciendo una simbiosis entre cielo y tierra. Trataré de escuchar y comprender sus mensajes.

El gamusino nos dio la espalda y se acercó hablando para sí mismo hasta la antigua resinera. Nosotras nos quedamos calladas, sin saber qué hacer y mirándonos decidimos esperar a ver qué hacía. Después de un rato esperando vimos que el gamusino abrazaba, con todo lo que abarcaban los brazos de su pequeño cuerpecillo, la torre mientras seguía musitando en voz baja algo inteligible. De pronto, ante nuestras ojipláticas caras, la chimenea y todo el descampado empezaron a mostrar el aspecto que tuvieron cuando fueron construidos a principios del siglo XX. Sería una ilusión, pero se podía incluso ver la actividad de la fábrica. Decenas de personas que transportaban barriles de un sitio a otro, carros tirados por machos que traían y llevaban la preciada sustancia natural de los pinos. Había un hombre vestido con traje gris que anotaba algo en un libro sin cesar y un montón de críos subidos a una tapia que reían sin parar sabe Dios de qué. El diminuto Splot miraba en todas direcciones la frenética actividad de la factoría y parecía que anotase mentalmente todo lo que veía. Una sonrisa de oreja a oreja se le dibujaba en su rostro *duenduno*.



—¡Fantástico! —gritó emocionado dando saltos de alegría— Me encantaría ver el pinar y la naturaleza de este pueblo ¿me acompañáis chicas?

Pese a estar en pijama y empezar a amanecer, ni cortas ni perezosas aceptamos su propuesta. Preferíamos escuchar la reprimenda de nuestra abuela cuando llegásemos a casa que dejar la aventura que estábamos viviendo a medias. Inconscientemente nos pusimos a andar en dirección a la carretera de Lastras, no hacía falta que discutiésemos acerca del sitio que queríamos enseñar a Splot. Cuando ya llevábamos un tramo recorrido del camino de los palos, la claridad de la mañana nos

permitió ver la cara de tristeza y preocupación que se había instalado en el gamusino, muy contraria a la que tenía en la resinera.

—¿Qué te ocurre, Splot? —preguntó mi hermana.

Splot suspiró y respondió: —Siempre he escuchado decir a la gente mayor de donde yo vivo que en muchos sitios, sobre todo en los pinares, los humanos tenían costumbre de cazar gamusinos. Parece ser que ha habido batidas pero nunca han dado caza a ninguno de nuestra especie, la verdad es que la mayoría de los cazadores eran humanos de poca edad. Nos quedamos pasmadas, nosotras mismas habíamos ido a cazar gamusinos muchas veces y nunca habíamos cogido ninguno. Decidimos no decirle nada y mantener nuestro secreto arrepentidas de lo que habíamos intentado hacer con los pobres gamusinos.

Andando y andando llegamos al punto exacto donde queríamos llevarle, el lugar donde el agua mana de la tierra por varios lugares, habíamos llegado a las fuentes del río Cega. Splot volvió a poner la misma cara de felicidad que habíamos visto anteriormente, estaba extasiado viendo lo que era capaz de hacer la naturaleza y ni corto ni perezoso comenzó a correr a una velocidad endiablada de un lado para otro. Nosotras tratábamos de seguirle con la mirada pero era imposible, sólo se veía una estela parecida a la que dejan los aviones cuando sobrevuelan el pueblo en días despejados. De repente, la estela desapareció en uno de los manantiales.

—¡Dios mío! —grité mirando a mi hermana asustada y nos pusimos a correr hacia el lugar donde Splot había desaparecido.

Justo cuando íbamos a llegar volvió nuestro amigo volvió a aparecer mientras gritaba:

—¡Esto es el paraíso! —y empezó a nadar por la fuente, abriendo la boca para comerse todo lo que había en la superficie del agua.

Así se pasó 5 minutos ¡daba gusto verle disfrutar! Después salió del agua, se sacudió para secarse, se acercó a nosotras, nos abrazó emocionado y dijo:

—Gracias chicas, de verdad, muchísimas gracias por traerme a desayunar a este sitio, estaba hambriento ¿Cómo sabíais que la lenteja de agua es mi comida favorita?



—Cuando nosotras éramos más pequeñas, íbamos con mi abuelo a echar lentejas de agua por los valladares, arroyos, lagunas y fuentes para que los gamusinos pudieran comer lo que más les gustaba —le respondió mi hermana—. Recuerdo que un día fuimos por la carretera que va desde puente del río hasta Cantalejo con un saco lleno de semillas para echarlas en las lagunas cuando salió a nuestro encuentro un

cazador y nos dijo que él solía cazar muchos gamusinos con un saco y nos explicó su método. Primero tenías que vestirse con ropa de colores chillones y ponerte unos calcetines blancos largos. Después había que ir al pinar al atardecer, abría el saco y decía «*un, dos, tres, cuatro, gamusino al saco*».

«Pero cállate, Alba, que estás metiendo la pata», pensé mientras miraba a mi hermana con cara de enfado mientras Splot se quedaba congelado ante el horror de la historia. En ningún momento debía saber que nosotras también habíamos ido a cazar a los de su especie, por eso cambié rápidamente el tema.

—Splot, hay otro sitio que tienes que ver, está un poco lejos para ir andando desde aquí así que debemos apresurarnos.

—Con Splot nada hay lejos —respondió—. Dadme la mano y pensad muy fuerte en ese lugar al que me queréis llevar— añadió. La curiosidad del gamusino había hecho que olvidase de un plumazo la aterradora historia contada por mi hermana.

—¿A qué lugar quieres ir ahora? — preguntó mi hermana.

—A las Zarrizuelas —respondí, nos agarramos las manos, uno, dos, tres... ¡zás! Nos esfumamos de las Fuentes.

Al abrir los ojos ¡aparecimos allí! Fue extraordinario, en tan solo tres segundos aparecimos en el sitio que deseábamos, las Zarrizuelas. Splot preguntó interesado:

—Chicas ¿Cuál es el motivo por el cual habéis decidido que vengamos a este lugar?

Mirándonos melancólicas le contamos que nuestro abuelo cuando llegaba el buen tiempo nos traía a este lugar a ver el amanecer.

—Es precioso ¿no crees? El abuelo decía, señalando la mezcla de colores que se dibujaba en el cielo, que este lugar era mágico, que ningún otro lugar del mundo se podía ver esa conjunción de matices en el cielo.

Sin darnos cuenta el abuelo estaba allí sentado como de costumbre, pelando una naranja con su navajilla de mango de asta de ciervo, era su bien más preciado, siempre la llevaba encima alegando que en su trabajo le había salvado de algún que otro apuro. Le encantaba el pinar, siempre nos repetía que la naturaleza era sabia, que debíamos comprometernos a que no la destruyesen, que era nuestro legado. Recordando al abuelo pudimos ver cómo del pinar salían unos reflejos dorados y automáticamente Splot se volvió loco comenzando otra vez a correr a la misma velocidad que lo había hecho en las fuentes.

—Pero ¿qué le pasa ahora a éste? —dijo mi hermana.

—No sé, pero deberíamos ir antes de que se pierda —y comenzamos a correr Zarrizuelas abajo en busca de nuestro amigo.

Miento si digo que le localizamos rápido porque entre tanto pino nos fue un poco difícil, pero lo realmente llamativo de la situación fue el estado en el que nos encontramos a Splot: ¡estaba abrazado a un pino chupando el tronco justo donde se había abierto para resinar! Pero es que no lo chupaba de una manera normal, lo estaba haciendo gustoso, sacando esa gran lengua verde y abriendo más que nunca sus increíbles ojos amarillos.

—Pero ¿has visto esa lengua? *Aarrggg* ¡qué asco! Encima está chupando la resina —dijo mi hermana con cara aversiva.

—Definitivamente éste ser se ha vuelto loco —sentenció—. ¡Splot! ¿Qué estás haciendo?

El gamusino paró de chupar para respondernos pero no pudo porque su lengua había perdido la capacidad resbaladiza típica de las lenguas de los de su especie y se había quedado pegado al tronco del árbol.

—Cicaz, pod favód, adudadme a dezpegadme —nos pidió Splot—. Pod favód, de vedá, dengo un pobema con da drezina, hace diemdo que lo zupedé, pedo hoy do he podido. Pod favód adudadme.



Durante unos segundos paramos a pensar la situación tan surrealista que estábamos viviendo: nuestra noche había comenzado escuchando el aleteo de un ave entre la rara niebla del verano y había desvariado hasta el punto de encontrarnos por la mañana en las Zarrizuelas socorriendo a un gamusino adicto a la resina.

—Lucía, creo que esto no se lo va a creer la abuela, no me lo creo ni yo... —me dijo mi hermana.

—Ya lo sé Alba, pero vamos a ayudarle, me está dando dolor de corazón verle así —respondí.

Mientras despegábamos a Splot comencé a pensar que tal vez aquel mensaje, que intentó transmitir en el primer momento de nuestro encuentro y fue interrumpido, tenía que ver con nuestros paisajes y su conservación. Así que cuando conseguimos nuestro objetivo le pregunté:

—Splot, ¿el mensaje que nos quieres dar tiene que ver con los pinares?

Splot se recompuso mientras quitaba con sus deditos los restos de miera que se le habían quedado pegados en la lengua, tragó saliva, se recolocó la ropa, sacó un diminuto pergamino y comenzó a leer:

—Como paje real enviado por el pueblo Gamusino me dispongo a trasladaros una circunstancia que nos inquieta: muchos de nosotros estamos enfermos. Nuestra especie se alimenta, entre otras cosas, de lenteja de agua que se encuentra en vuestros ríos. Solemos venir a recolectarla en lagunas, valladares, arroyos y manantiales la primera noche de cada luna llena. Este alimento ya no tiene en todos estos lugares la misma calidad que tenía antaño y con la que se sigue conservando la que crece en las fuentes —a medida que Splot progresaba en su discurso iba desenrollando su diminuto pergamino de una *zarambuja*—. Nuestros expertos *gamólogos* y *gamotíficos* han detectado que algunas zonas de los ríos y los pinares están contaminadas por la actividad del ser humano, hay plásticos, colillas, vertidos,... y nos preocupa la supervivencia de nuestra población si esto continúa así. Por esto os nombramos, Alba y Lucía de Aguilafuente, amigas del pueblo gamusino y os pedimos que luchéis por el cuidado de la naturaleza y, por ende, de nuestra especie.

La mañana avanzaba y en el cielo de color azul, al terminar Splot su última frase, una nube regordeta gris clarito, cargada de feos presagios, empañó un radiante sol teñido de rojo. Pasados unos segundos la nube partió hacia tierras lejanas, empujada por una pequeña bandada de diminutos petirrojos. El sol limpio y cálido reapareció acompañado de un cielo azul eléctrico, a juego con el traje de Splot y acarició nuestras caritas traviesas. Mirando fijamente a los ojos amarillos del gamusino le prometimos que nosotras, las más grandes y guerreras de Aguilafuente, amigas del pueblo gamusino, resolveríamos los motivos de preocupación expuestos por Splot y lucharíamos porque todo el mundo respetase el medio ambiente.

El silencio que reinaba en mitad del pinar empezó a verse interrumpido por un ronroneo que provenía de la pista forestal y que aumentaba gradualmente. En la distancia observamos acercarse hacia nosotros una vieja *Mobylette* y sobre ella la silueta de dos personas. Se encontraba a poco más de cien metros cuando distinguimos al frente a nuestro vecino Fernando. Fernando estaba jubilado pero había sido guarda forestal y conocía el pinar tan bien como resineros y hacheros, así que no era raro que anduviese por ahí. Lo que nos sorprendió fue cuando vimos a quién traía con él de paquete. Agarrada a la espalda de Fernando como si fuese la bombona de oxígeno de un buzo iba la abuela Carmen. No nos hizo falta que la abuela se quitase el casco para reconocerla, llevaba puesto su particular uniforme de paseo, partida y mercado: bata de tela abotonada azul marino con lunares blancos, *rebequita* turquesa y alpargatas. Y es que, a lo tonto y a lo bobo, habíamos pasado la noche fuera de casa. Nosotras lo habíamos sentido como un abrir y cerrar de ojos al recorrer los bellos rincones del pueblo en un chasquido de dedos, supongo que es lo que tiene acompañar gamusinos, el concepto del tiempo se rige por normas físicas *gamusinianas*. Sin embargo, para la abuela Carmen había sido una noche más... bueno, una noche más salvo por el susto

que rozo en arritmia cardiaca cuando al despertarse y correr a nuestro dormitorio para despertarnos lo encontró vacío. Se escuchó en toda la calle el susto que se llevó la buena abuela. Así fue como el vecino Fernando, que además de guardia forestal tenía el hobby de arreglar cacharros eléctricos y enchufes, acostumbrado a echar una mano siempre a los vecinos, salió corriendo para comprobar que alteraba el despertar de la vecina.

—¡Las chicas! ¡Las chicas! ¡No están! —gritó alterada la abuela a Fernando

—¡Voy a por la *Mobylette*!, seguro que no están lejos.

—¡Voy contigo Fernando!., ¡déjame un casco!

—¿Seguro doña Carmen?, mire que puede ser que tardemos en encontrarlas...

—¡Seguro Fernando!, tengo un palpito, llevan varios días acordándose mucho de su abuelo y han comentado varias veces que les encantaría volver a ir dónde las llevaba él de pequeñas. Vamos primero a las fuentes y luego a las Zarrizuelas, si no están en alguno de estos dos sitios... no sé entonces qué podría ser de ellas ¡Dios mío qué angustia!

Y así fue como la corazonada de la abuela Carmen fue del todo acertada. Splot, que no quería que le vieran los adultos nos dijo en bajito y muy rápido:

—Lucía, Alba, cuando las cosas en la naturaleza no están bien, desde mi pueblo se envían emisarios a varios puntos para que los niños, piensen el porqué de las cosas. Tenéis que valorar todo lo que tenéis y pensad en lo que hemos visto juntos, en lo de antes y en lo de ahora, pensad, pensad... y pensad qué podéis hacer vosotras para cambiar y mejorar... ¡Hay que reaccionar! ¡Me voy, que me pillan!

Splot desapareció en el justo momento en el que la abuela Carmen y Fernando bajaban de la moto quitándose los cascos. Como si de una muchacha se tratase, la abuela salto para primero darnos un abrazo y segundo mirarnos de arriba abajo buscando cualquier rasguño, volviendo de nuevo a abrazarnos como si de un ritual se tratase.

—Estamos bien abuela —dijo Alba para calmarla.

—Si, si, ya veo pero ¡Se puede saber qué es lo que habéis estado haciendo criaturas! —y como por arte de magia la encantadora abuela ya no parecía tan encantadora.

—Pues abuela, esta mañana temprano nos despertó un sonido muy raro y cuando salimos a ver que era resulto ser un águila gigante del que bajo un duendecillo. Se llama... —justo cuando empecé, con una pequeña mentira piadosa, a contarle nuestra extraña aventura con mi peculiar manera de contar las cosas: agitano los brazos, moviendo las manos y teatralizando cada parte de la narración, mientras Alba me hacía gestos para que parase de contar pues bien sabía que no iban a creer nada de todo aquello, Fernando echo a reír diciendo:

—¿Un águila del que bajó un duendecillo? Hay que ver señora, la imaginación que pueden llegar a tener estas niñas.

—Ni que lo digas, Fernando, ni que lo digas. Ahora volvamos a casa, niñas —añadió la abuela sin dejarme continuar la historia en la que tanto esmero estaba depositando —. Fernando, muchísimas gracias por traerme hasta aquí, te debo una merienda, ve a continuar con lo que estabas haciendo, nosotras volveremos andando, sería una imprudencia montar los cuatro en esa pequeña moto.

Fernando nos despidió y se alejó en su moto dirección al Vao las Lanas, quería ver cómo iban los chopos que se habían plantado. Nosotras, cabizbajas, nos dispusimos a seguir a la abuela de camino a casa sin poder parar de pensar en lo que había ocurrido esa noche, pero tampoco en las papeletas que teníamos para que contase la escapada a nuestros padres y estos viniesen a por nosotras para, castigadas, llevarnos a pasar el resto del verano a la ciudad. El simple pensamiento de imaginarnos un solo día en nuestra casa me aterrorizaba. Cuando ya estábamos a la altura de la pradera de Salmoral, la abuela se puso entre nosotras, nos dio la mano y guiñándonos el ojo comentó:

—Es curioso, justo por donde hemos estado el abuelo y yo solíamos venir a pasear de jóvenes y en ocasiones nos acompañaba un gran amigo del que me acuerdo como si le hubiese visto ayer mismo. Muy menudo de cuerpo y con maneras que no son propias de aquí, era extranjero, se llamaba era Splot.

Alba y yo percibimos que los abuelos también habían conocido a nuestro pequeño amigo de grandes ojos amarillos y lengua verde gamusino y comprendimos que en su generación tendríamos un aliado para el cometido que el pueblo gamusino nos había encomendado. La tarea era difícil pues deberíamos enseñar a las generaciones intermedias a cuidar lo más valioso que existe, nuestros recursos naturales, y a no olvidar las historias verdaderamente memorables.

Durante años empeñamos nuestros esfuerzos en llevar a cabo la tarea ¿estaríamos cumpliendo? Hace unos días nos lo volvimos a preguntar, recordando esta historia cuando mi sobrino pequeño desapareció toda una noche y no quiso contar lo que había ocurrido. Llegó a casa con magia en los ojos.



FIN